

¿Qué proyecto? Nuevas alternativas socialdemócratas para el siglo XXI



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

En los partidos socialdemócratas se suele vivir con cierta desazón la carencia de un proyecto político actual suficientemente neto y ambicioso, que puedan identificar los ciudadanos y que permita concitar suficientes apoyos; como ocurría en un pasado no tan lejano.

¿El fin del ciclo *histórico de los grandes modelos*?

El problema, en gran medida, es que se ha acabado el tiempo de las grandes construcciones teórico-políticas inequívocas.

La idea de Estado de Bienestar, recogida en los "programas mínimos" de los partidos de la Internacional Socialista, respondía a exigencias sociales y personales muy concretas. Aunque algunos arguyeron —en su tiempo— que era una propuesta demasiado concreta y pragmática, que quedaba empequeñecida frente a las teorías mastodónicas del comunismo, su mayor virtud fue precisamente su sencillez y especificidad práctica, en comparación con otras propuestas revolucionarias que, o bien no llegaron a materializarse en la práctica, o bien acabaron fracasando.

El primer liberalismo y el neoliberalismo de las últimas décadas también fueron grandes construcciones teórico-políticas, con capacidad para suscitar apoyos y para producir resultados prácticos. Algunos bastante negativos.

Pero, ¿qué podían —podemos— ofrecer los socialdemócratas como modelo de futuro ilusionante y neto, una vez desarrollado el Estado de Bienestar?

En España, el PSOE contribuyó de manera importante al proyecto de "Transición Democrática", que fue una apuesta política de indudable alcance y especificidad. Y, posteriormente, supo diseñar y presentar a la opinión pública un proyecto de "modernización social de España" que fue identificado nítidamente por los ciudadanos y dio lugar a los apoyos de 1982. Y a buenos resultados ulte-

riores, vinculados a una plena europeización de España y un desarrollo del Estado de Bienestar, con las tres grandes universalizaciones de derechos sociales.

La perspectiva de la *democracia económica*

¿Es posible en nuestros días formular alternativas programáticas de similar entidad? ¿O acaso estamos en una época demasiado compleja y condicionada, que ya no posibilite construcciones tan decantadas y específicas? ¿Tienen que conformarse, pues, los partidos socialdemócratas con propuestas más modestas, coyunturales y desdibujadas?

En su momento, algunos partidos socialdemócratas intentaron desarrollar un modelo que fuera más allá del Estado de Bienestar, con formulaciones de una *democracia económica avanzada*, que enfatizaba el papel de los sindicatos y de los

Algunos partidos socialdemócratas intentaron desarrollar un proyecto que fuera más allá del Estado de Bienestar, con formulaciones de una democracia económica avanzada que respondiera a las necesidades y demandas ciudadanas de una mejor calidad de vida y trabajo.

asalariados en los centros de trabajo. Eran años en los que se hablaba de la autogestión, la co-gestión, los fondos de los asalariados, los nuevos frentes de participación activa, del enriquecimiento de los trabajos, de la rotación de tareas, del reparto de trabajo, etc. Todo aquello parecía que podría conformar un nuevo modelo nítido y específico, capaz de dar respuestas avanzadas a las necesidades y demandas ciudadanas de una mejor calidad de vida y de trabajo.

Sin embargo, las crisis de los años sesenta y las ofensivas neoliberales y conservadoras acabaron dando al traste con aquellas propuestas y debates. Y lo hicieron de una manera cruel y regresiva. Incluso inhumana, como estamos viendo en nuestros días, con el

La socialdemocracia tiene que plantear un Nuevo contrato social progresista para los grandes problemas del siglo XXI, similar a lo que supuso el New Deal de Roosevelt y el consenso keynesiano de la postguerra.

deterioro de los empleos (paro, precarización, exclusión social de los jóvenes, etc.) y con la pérdida de poder e influencia de los Sindicatos y de otras instancias posibles de mayor participación.

¿Hacia una tormenta socio-política perfecta?

El desenlace de la actual evolución tiene todos los ingredientes posibles de una tormenta social perfecta. Sobre todo, en la medida que muchos de los problemas, fallos y carencias que se han ido incubando durante los últimos años, de la mano de un neoliberalismo rampante, empiezan a dar la cara de manera simultánea, intensiva y reduplicativa.

El clima que existe en estos momentos en muchos lugares, debido a la acumulación soterrada de problemas y a los efectos devastadores de políticas regresivas muy concretas, es un clima de alta inflamabilidad social, que no se sabe muy bien cómo puede acabar.

Debido a la intensidad de los problemas, y a su extensión, algunos sostienen que nuevamente es el momento de los grandes proyectos netos y contundentes. ¿Como lo fueron en los años veinte y treinta del siglo pasado concepciones totalizadoras tan claras e identificables como el fascismo y el estalinismo?

La mezcla que se está produciendo entre una alta irritación popular, una exaltación de las emociones políticas, un culto a los liderazgos fuertes y claros (que no argumentan, sino que lanzan eslóganes) y las tendencias hacia la demagogia, el simplismo programático (casi mágico) y la irresponsabilidad populista y autoritaria, tiene los ingredientes posibles para nuclear un "proyecto neto y claro". De apariencia tan prístina, como de posibles efectos catastróficos. Por lo tanto, no hay que desconocer que

las condiciones están dadas, en cierto grado, para que se camine nuevamente por la senda de los suicidios históricos. Tanto por la extrema derecha, como por la extrema izquierda.

De ahí la importancia de lo que puedan plantear en estos momentos los partidos socialdemócratas, y en un sentido más amplio todo lo que podríamos considerar como "el progresismo sensato y socialmente comprometido".

Racionalidad política

En contraste con las condiciones sociológicas que se daban en ciertos lugares en los años veinte y treinta, las sociedades de nuestro tiempo han desarrollado algunos mecanismos de auto-defensa democrática e institucional ante



los riesgos de involuciones totalitarias. Y, por encima de todo, está la mayor madurez política y los mejores niveles de formación de una parte muy importante de la población, que facilita que no se contemple de manera pasiva y resignada una posible deriva hacia populismos extremistas.

Por ello, lo primero que tienen que hacer los que se sitúan en el terreno del *progresismo sensato* es mantenerse firmes en el ámbito de la institucionalidad democrática, entendiendo que los riesgos de asaltos populistas al poder no son ninguna broma, y que es preciso reaccionar con nitidez y contundencia antes de que sea tarde. Por lo tanto, no es tiempo de silencios astutos ni de taticismos cobardes.

Lo segundo que habría que hacer desde una perspectiva socialdemócrata rigurosa que aspire a conformar una alternativa concreta es dar respuesta a las grandes demandas y necesidades que existen en estos momentos

en sociedades como la española. Sociedades que han alcanzado un nivel de desarrollo que debiera ser incompatible con los casos de desigualdad, precarización laboral, exclusión social y desvertebración societaria que se están dando. Se trata de tendencias que generan altos niveles de frustración personal y de insatisfacción política, que no auguran una razonable estabilidad institucional y equilibrio societario. O si queremos decirlo de manera más clara y contundente, se trata de tendencias que, si no son atajadas, acabarán haciendo inviable el actual modelo de sociedad. ¿Alguien piensa seriamente que tiene viabilidad futura una sociedad en la que una parte importante de la población no está satisfactoriamente integrada?

Por lo tanto, estamos ante una exigencia de hondo alcance societario y de profundo sentido humano.



Estos son los dos grandes pilares básicos sobre los que se ha de sustentar el nuevo proyecto socialdemócrata que se necesita para dar respuesta a los problemas de nuestro tiempo.

El *Nuevo contrato social progresista*

El nuevo proyecto de progresismo sensato tiene que plantear respuestas convincentes y creíbles para las actuales necesidades y demandas ciudadanas. Necesidades y demandas que hay que identificar adecuadamente, empíricamente. No se trata de elucubrar en el vacío, sino que es preciso dar respuestas claras a problemas y necesidades muy concretas, en las específicas condiciones de nuestro tiempo histórico. Un tiempo en el que el desempleo y la precarización social amenazan con hacerse crónicos para sectores amplios de la sociedad, en el que las desigualdades sociales se acen-

túan y multiplican sus efectos nocivos (también en el plano económico), en el que se extiende la desafección y la insatisfacción política, y en el que empieza a cundir la sensación de que podríamos encontrarnos ante un horizonte de estancamiento económico secular.

En ese contexto resulta imprescindible trabajar por un "Nuevo Contrato Social" (no solo económico) de amplio alcance, similar a lo que supuso la apuesta de Roosevelt por el "New Deal" en Estados Unidos en los años treinta, o el consenso keynesiano de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En definitiva, se trata de conformar una apuesta inteligente y constructiva, que nos permita evitar la senda de la bipolarización creciente y los riesgos de confrontación sistémica.

El "nuevo contrato social progresista" para el siglo XXI tiene que ser capaz de formular soluciones viables a corto plazo para los graves problemas del paro y la precarización laboral, del deterioro del Estado de Bienestar y de la erosión de la calidad democrática. Y, desde luego, tiene que hacerlo con propuestas claras y netas, como aquellas con las que se comprometió Roosevelt con su "New Deal" en unos momentos en los que se consideraba insostenible que el paro alcanzara niveles superiores al 20%. Como sucede hoy en día en algunos lugares, entre otros España.

Para aquellos que contemplan con enorme preocupación e inseguridad el futuro de sus familias, de sus hijos y el suyo propio no vale quedarse en propuestas programáticas desdibujadas y generalistas, o consideraciones técnicas –a veces incompresibles e indescifrables– sobre el euro, la deuda pública, los problemas financieros, las legislaciones especializadas, etc. Para la mayor parte de los ciudadanos preocupados e indignados todo eso es *verborrea insulsa*. Ellos lo que quieren y necesitan son concreciones específicas, que puedan visualizar y anticipar, como podían verse, anticiparse y entenderse con claridad las propuestas de los "programas mínimos" de los viejos partidos de la Internacional Socialista.

Las respuestas ante problemas tan acuciantes y concretos no pueden ser para un futuro tan alejado e indeterminado como el que prometen aquellos que cifran las soluciones en crecimientos económicos del 2% o el 2,5% del PIB (si es que se llega y se mantiene). Crecimientos que, en el mejor de los casos, situarían el "arreglo" de los problemas de muchos ciudadanos a 20 o 25 años vista. ¿Es que algunos piensan que los votantes no saben sumar y calcular los tiempos políticos? ¿O que tienen una paciencia y una credulidad infinita?

Concreciones necesarias

En el “nuevo contrato social progresista” hay que especificar lo que se va a hacer en el campo de la vivienda social, del fomento de actividades económicas generadoras de empleo, en la estrategia de reajuste realista y a medio plazo de los tiempos de trabajo, en el desarrollo de servicios sociales y equipamientos de bienestar y calidad de vida, en las iniciativas para superar los cuellos de botella que ralentizan la aplicación de nuevos conocimientos e innovaciones científico-tecnológicas, en las inversiones productivas previstas en el plano medioambiental, etc. Y, por supuesto, es preciso detallar cómo se podrán financiar –a medio y largo plazo– todas esas inversiones necesarias. Así como los planes para remover los prejuicios económicos disfuncionales que actualmente existen sobre la deuda, el déficit público y la tasación, que están lastrando el modelo económico establecido, y que exigen nuevos esquemas innovadores –y realistas– en la manera de entender la funcionalidad económica en las sociedades del siglo XXI, en base a nuevos conceptos y equilibrios en el ajuste entre política y economía. Equilibrios y enfoques que, aunque modulen la competitividad primaria, desde luego darán lugar a menos efectos letales que los que ahora están produciendo los pontífices de la estabilidad brutal y el austericidio ciego.

El Nuevo contrato social progresista requiere claridad y especificidad en los proyectos de empleo y calidad de vida, y el suficiente coraje político como para comprometerse en unos objetivos ambiciosos que estén al servicio de los intereses generales y que resultan históricamente imprescindibles.

En este sentido, hay que entender que la persistencia en las rígidas recetas económicas que ahora están fracasando, nos puede conducir irreversiblemente a un destino societario crítico, y que, por lo tanto, resulta imprescindible quitarse las telarañas doctrinarias de la cabeza y apostar por nuevos enfoques keynesianos. Enfoques que en otros países ya están dando resultados positivos. Y hay que hacerlo antes de que la indignación y la inflamabilidad social conduzca a apuestas disparatadas que nos acaben llevando a la demagogia y al desastre económico.

Liderazgo y coraje político

La capacidad de liderazgo se basa en la capacidad para vencer las resistencias y las fuerzas inercialistas. Políticamente e intelectualmente. Lo que no resultaría comprensible es que ni siquiera se intentara hacer frente a los retos de nuestro tiempo y que, en momentos tan complicados como los actuales, se optara por ponerse de perfil, no arriesgando a proponer cosas que no sean evanescentes, inconcretas y asumibles por los círculos biempensantes de turno, permaneciendo a resguardo en las estancias calentitas y confortables de la inercia establecida.

En realidad, en nuestros días contamos con mejores condiciones y potenciales para hacer frente a los problemas de la crisis y el desempleo que en los años de la Gran Depresión. Hoy tenemos muchos más recursos económicos acumulados, contamos con personas y equipos cualificados, tenemos más experiencia en la gestión de crisis, disponemos de un enorme caudal de conocimientos científico-tecnológicos y un gran potencial de innovaciones tecnológicas aún por explotar y aplicar económica y socialmente, tenemos instrumentos informacionales de gestión más desarrollados, etc. Lo que no se sabe es si tenemos la suficiente resolución como para actuar con ambición de propósitos al servicio de los intereses generales.

Frente a los que se conforman con mantener el tipo, esperar tiempos mejores, no arriesgar y que todo permanezca parado, hay que entender que la puesta en marcha práctica del “nuevo contrato social progresista” –al igual que el viejo “New Deal”– requerirá una movilización importante de recursos, componentes e iniciativas de toda la sociedad para lograr hacer frente a unos problemas que están alcanzando la dimensión de una auténtica emergencia social y que, por lo tanto, requieren una respuesta social acorde con la entidad de los problemas, y con las dificultades que existen para remontarlos.

Posiblemente hoy, como ayer, lo primero que se precisa para avanzar en esta dirección es no tener miedo y ser conscientes de que en momentos difíciles “a lo único que hay que tener miedo es a tener miedo”. Ese miedo que paraliza y desdibuja, y acaba dejando el terreno despejado a los demagogos y a los extremistas de turno, que prometen soluciones mágicas, simplistas y unilaterales a problemas graves que tienen que ser abordados necesariamente desde la complejidad y la racionalidad política, con respeto inequívoco a los principios y criterios de la democracia y el Estado de Derecho. **TEMAS**